

EDOARDO BARBIERI, Haebler contro Haebler. Appunti per una storia dell'incunabolística novecentésca. Milano, Università Cattolica del Sacro Cuore, 2008

[Reseña]

Un discreto capítulo de historia de la bibliografía que pudiera integrarse en la obra de Luigi Balsamo, *La Bibliografía. Storia di una tradizione* (Firenze, Sansoni, 2000, 4 ed.), es la definición que a Edoardo Barbieri le sugiere su propio libro. Por suerte, Haebler contro Haebler es algo más que una decorosa deuda con una gran obra. Como mínimo, se trata de un trabajo que puede leerse independientemente y, además, con gusto.

No es pequeña virtud ofrecer en pocas páginas un panorama claro del nacimiento de la incunabulística moderna, de suerte que seamos capaces de comprender las aportaciones individuales de cada nombre sagrado –Bradshaw, Proctor, Pollard, Pellechet, Polain, Hain, Haebler– y hacernos de paso una idea de las actitudes nacionales respecto al tratamiento científico de sus respectivos patrimonios bibliográficos. Desde el orden y la organización institucional que alientan el trabajo de los incunabulistas ingleses y alemanes, al voluntariado, incluso económico, de Francia, los meritorios intentos locales de Italia, y el orgullo nacional de Bélgica a la hora de describir su legado librario al margen del proyecto global alemán, el *Gesamtkatalog der Wiegendrucke* (GW) coordinado por Haebler. Las omisiones también son significativas en el repaso, que en esas mismas fechas incipientes de la incunabulística, deja a países como España muy lejos no ya de trabajos meramente descriptivos sino de las implicaciones más valiosas de una catalogación consciente de su valor para la historia del libro, como son la bibliografía analítica y la bibliografía textual, dos disciplinas alentadas desde los albores del siglo XX en Inglaterra y Alemania. González de Amezúa [1945: IX-X] expone así «esta indiferencia, netamente española» por su patrimonio bibliográfico: «mientras [...] en Europa se iniciaban ya los trabajos y estudios sobre la introducción de la Imprenta, con los cuales el incunable adquiría consecuentemente su personalidad noble y vigorosa, creándose la especialidad bibliográfica que durante el siglo XIX había de cobrar tanto valor y pujanza, nada se decía en España por nuestros eruditos, sin otras y honrosas excepciones que la de D. Rafael Floranes, quien en su vastísimo saber abordó ya el estudio de los orígenes de la Imprenta en España, aun cuando con su habitual indolencia tipográfica no se decidiese a imprimirlos, y D. Fernando José de Velasco [...] venturoso poseedor de una magnífica biblioteca donde abundaban también los incunables». Añadamos a los dos nombres citados otra excepción –y esta sí es bien temprana– el nombre del padre Francisco Méndez, cuya *Typographia española* (1796), en palabras de Vindel [1945: XVII] «puso la piedra angular del edificio bibliográfico del siglo XV».

Haebler contro Haebler, viene a poner cara a las siglas y a los títulos (Copinger, Duff, Goff, el ya citado GW, Hain, Proctor). De su lectura, erigida sobre el repaso de algunas de las mejores experiencias humanas en el trato erudito con los primeros libros de la imprenta, puede extraerse una enseñanza que sigue ofreciendo lecciones imprescindibles. El magisterio de Proctor o de Haebler, aun con las simplificaciones

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIV, 55 (octubre-diciembre, 2008)

denunciadas por sus sucesores, sigue siendo emblemático por lo que su trabajo tiene de ambición y de voluntad exhaustiva. Robert Proctor (1868-1903), en su afán por identificar las imprentas de donde procedían los ejemplares sine nomine a partir de la mancha que los tipos dejaban en el papel, fue ampliando la naturaleza de sus fuentes asta incluir el examen comparativo de los materiales tipográficos empleados en orlas y xilografías. Su método histórico se hizo también consciente de la conveniencia de obtener conclusiones no solo a partir de pruebas materiales sino recurriendo a la documentación archivística. Ese recurso, entre otras cosas, serviría para invalidar algunas de sus propias conclusiones que habían pasado por alto el hábito de intercambiar tipos y tacos entre las imprentas, sobre todo en aquellas ciudades donde el arte de imprimir había prosperado más, como en Venecia. Proctor contra Proctor, valdría decir. Pero tal vez ese revés incluyó un beneficio ejemplar: el de permitir que Konrad Haebler (1857-1946) ejerciese sobre los libros una mirada sin precedentes que le llevó a considerar conjuntamente los materiales y los instrumentos tecnológicos, los modos y las características de la producción para llegar a una teoría sociológica sobre el comercio y la lectura. Historia del libro e historia literaria quedan así indefectiblemente unidas a partir de una práctica en apariencia solo descriptiva. Las mejores bibliografías se convierten entonces en esa carta ideal de presentación del libro que da fe, en palabras de Luigi Balsamo, «de la historia de su completo ciclo vital en todas las fases y en todos los aspectos de una peripecia en la que la habilidad técnica y creativa del hombre se cruza con los intereses culturales y económicos, políticos y religiosos del momento» (pág. 5).

Para el caso español, el nombre de Haebler tiene una importancia específica porque su *Bibliografía ibérica* (1904-1917) vino a convertirse en el instrumento de referencia imprescindible de todos cuantos quisieron dedicarse a reconstruir nuestra imprenta del siglo XV con algún rigor. Su obra desvelaba un catálogo de una exhaustividad desconocida para el territorio de la península ibérica y un método de identificación de imprentas que heredaron los proyectos bibliográficos más ambiciosos, como los volúmenes dedicados por Francisco Vindel a reconstruir el panorama de nuestras primeras letras impresas en *El arte tipográfico en España durante el siglo XV* (1945-1951).

El libro de Barbieri incluye en un apéndice final una evaluación comparativa de diversas fichas catalográficas procedentes de los principales repertorios de incunables, con ejemplos extraídos de las esforzadas páginas de Campbell (*Annales de la typographie néerlandaise au xvème siècle, La Haye, 1874-1980*), o la descripción de la Biblia de Gutenberg según el catálogo de incunables de Pollard (BMC I, 1908, pág. 17) y el GW de Haebler (1926-, ficha núm. 4201). También hay sitio en esta selección para que admiremos el sistema de clasificación de caracteres tipográficos del xv propuesto por Haebler en su *Typenrepertorium der Wiegendrucke* (1905-1924), que se sirve de las variantes de la «M» (en letrerías góticas) y del grupo «Qu» (en letrerías romanas) para diferenciar talleres. El complemento de este repertorio gráfico lo constituyen tres ejemplos de su aplicación a la clasificación de caracteres, de entre los que sobresale – por grado de exhaustividad y concisión gráfica– la propuesta del grupo coordinado por Lotte Hellinga en la factura del *Catalogue of Books printed in the XVth century now in the British Library. England* (BMC XI, pág. 406). La posibilidad de cotejar todos estos

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIV, 55 (octubre-diciembre, 2008)

modelos sirve para que comprendamos también que la variedad de soluciones gráficas y de presentación de los contenidos en los distintos repertorios es fruto de diversas erudiciones y escuelas.

Haebler contra Haebler termina reconociendo que las nuevas sendas de la incunabulística radican en Inglaterra, donde conviven los formatos tradicionales en papel –los seis volúmenes del catálogo de incunables de la Bodleian Library (2005) y el ya mencionado BMC XI (2007)– con la base de datos en línea representada por el ISTC (Incunabula short-title catalogue. <http://www.bl.uk/collections//hoinc.html#istc>). No es extraña esta hegemonía porque tampoco es nueva; ni siquiera ha sido ajena a las letras de ficción inglesas: en 1902 el propio Sherlock Holmes no encontraba dificultad en trazar el origen de un mensaje anónimo recibido por Sir Henry Baskerville a partir del reconocimiento tipográfico de los caracteres recortados para componer el texto. Procedían del Times. En *The hound of Baskervilles* advertía el detective que «la identificación de los caracteres es una de las más elementales ramas del conocimiento para el experto en resolver crímenes».

Al menos la responsabilidad de los incunabulistas es menos grave; les basta con solventar enigmas bibliográficos.

REFERENCIAS

Vindel, Francisco, *El arte tipográfico en España durante el siglo XV: Cataluña*. Prólogo de Agustín González de Amezúa, Madrid, Junta de Relaciones Culturales, 1945.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIV, 55 (octubre-diciembre, 2008)